

Juan Molina Guerra
juandemolina@hotmail.com
ASOCIACIÓN SAGRADA FAMILIA E.C.A.
CATEGORÍA: B
Título: UN ALUMNO AVANTAJADO

Piratas

El barco de vela ha dejado atrás el muelle y pone rumbo al horizonte. Nota una brisa fresca en la cara. Hay una sensación de liviandad en todo lo que le rodea, como si el mundo fuese un lugar placentero donde no existe el dolor.

De repente, siente un griterío que cada vez crece más. Y ahora está ahí, sin saber cómo, indefenso y acorralado, en el extremo de la verga mayor, sujeto a un áspero cabo que le araña las manos y que le da la medida de su desesperación.

Desde su atalaya inestable, observa a la jauría humana allá abajo, sobre la cubierta, vociferante y exasperada, blandiendo temibles alfanjes. “Gustavo no vale un centavo”, repiten, a coro, sus exaltadas gargantas.

De su mente ha desaparecido la sensación de bienestar que momentos antes lo dominara. Ahora es el miedo quien coloniza sus pensamientos. El vaivén de las olas se percibe multiplicado a la altura donde se encuentra. El mar bajo sus pies, allá al fondo, se ha tornado hostil, y el arco del océano en el horizonte de le antoja una frontera inalcanzable. Siente muy honda la punzada del pánico, el incisivo estilete de la soledad.

Del grupo de enardecidos enemigos se ha adelantado alguien que trepa ya por las jarcias, con una espada curva entre los dientes. “Gustavo no vale un centavo”, continúa gritando la turba, cada vez más enfurecida, cada vez más amedrentadora. Su instinto de conservación le aconseja que recule, que se aleje de la bestia, pero el palo no da más de sí. Se encuentra en el extremo de la verga mayor y, a un palmo de distancia, sólo hay el vacío pavoroso sobre el mar encrespado, que hace ya rato que hizo añicos el espejo azul con que cubría su desnudez cuando zarpó del muelle, Dios sabe por qué.

Aunque no acierta a ver su rostro, sabe que el que trepa por la escala con aviesas intenciones es el Cerbatana, y esta certeza le provoca un estremecimiento. Está acorralado sin salida posible. Le atenaza la angustia de la encrucijada: o el mar o el acero curvo que ya blande su perseguidor en la mano airada. Procesa rápidamente las opciones: en las situaciones límites no están permitidas las vacilaciones, así que opta por lanzarse al vacío.

Contra todo pronóstico, el mar lo recibe con su regazo cálido: el agua no está fría, sino tibia; una tibieza que lo envuelve y lo conforta; un remanso de paz tan placentero que ha dejado de oírse el coral griterío de sus perseguidores y la estremecedora visión de los alfanjes que lo apuntaban con su filo premonitorio.

La sensación de pánico ha desaparecido de golpe, y, en medio del rescoldo de la pesadilla, oye la voz familiar que lo zarandea, “levántate, Gustavo”, y es en ese momento cuando siente la humedad vejatoria de las sábanas mojadas.

El boj

Ha sonado el timbre y las clases se vacían en tropel. Los pasillos, otrora imbuidos de un silencio monacal, se ven desbordados por la corriente humana de los escolares.

Gustavo Salmerón oye a su espalda una voz que lo interpela: “¡eh, Gustavo!” Conoce esa voz, y su deseo sería continuar adelante, desoírla. Pero algo más poderoso que su débil voluntad, el instinto de conservación que, de un tiempo a esta parte, gobierna su vida, le aconseja que se vuelva. Se gira mientras se ajusta las gafas y ve tras él al Cerbatana y sus incondicionales, con sus índices horizontales desplazándose por sus respectivos cuellos, de oreja a oreja, y una mueca severa en sus labios apretados.

Presa de la desazón que lo invade, no ha visto el boj plantado en el enorme macetón que le precede. Cuando se gira, ya está rodando sobre el arbusto y viniendo a caer de bruces sobre el suelo al otro lado del tiesto profanado.

Sabe que no debe llorar, aunque lo desea, de modo que se incorpora precipitadamente y se aleja hacia la salida, y ya pensando en cómo va a explicar en su casa esa visión cuarteada de su ojo izquierdo, como si los objetos penetrasen en su retina fragmentados, cual piezas de un puzzle.

Tal es su zozobra que, por una vez, la letanía que lo persigue, “Gustavo no vale un centavo”, resbala por sus oídos sin traspasarlo, como una lluvia blanda.

La manifestación

El Cerbatana y sus acólitos cruzan, empujándose, entre las madres y abuelos que esperan a los más pequeños fuera de la valla. Calle abajo, a dos manzanas del colegio, se topan con un grupo ruidoso y vocinglero que mira hacia los ventanales de un edificio de viviendas. Algunos visten con chándal; hay jóvenes barbudos y melenas con rastas; algunas chicas ostentan tatuajes en el cuello y todo tipo de herrajes en el rostro y las

orejas; muchos visten camisetas verdes sobre la ropa; se exhiben enormes círculos de cartulina de color verde y rojo; la mayoría hacen ruido con cacerolas y tapas metálicas; en general, hay un ambiente de excitación.

El Cerbatana se acerca al grupo y comienza a gritar las consignas que oye; levanta los puños airadamente y conmina a su banda a que lo secunden. Los chicos miran con aprensión a la fila de policías que observan la algarabía a una distancia prudencial.

-Nosotros nos vamos, Enrique –dice Martínez. Los otros callan y se alejan con éste.

Al Cerbatana no parece preocuparle la desertión de sus amigos. Nadie le va a aguar la fiesta, el placer que siente metiendo ruido como el que más. Al cabo, nota que alguien le tira de la mochila que le cuelga de la espalda: es un viejo de cabello ondulado y gris que porta una cartulina verde en una mano.

-Tú no debes estar aquí –le dice el anciano.

El Cerbatana se zafa de un tirón de la mano que atenaza su mochila.

-Anda y que te den, abuelo –le dice, luego abandona la turbamulta y se pierde por una bocacalle cavilando en cómo demorar el regreso a su casa.

Manual de instrucciones

Construir una cerbatana es lo más fácil del mundo. En realidad, una cerbatana no es más que un canuto. Existen las cerbatanas ninja y las que utilizan algunas tribus indígenas, pero éstas son muy largas y llaman mucho la atención. La gracia de la cerbatana es que pase desapercibida. La más práctica es la que se obtiene de la carcasa de los bolígrafos BIC: basta con sacarle la barra y ya tenemos una cerbatana presta para su uso y que cabe perfectamente en un bolsillo. También se puede camuflar en el estuche de los lápices: con su barra dentro, ¿quién puede asegurar que es un arma intimidatoria?

A la cerbatana de bolígrafo, la munición que mejor le va son los granos de arroz (a ser posible, el de grano largo, que pica más) y las bolitas de papel masticado. (Éstas se utilizan especialmente para joder a las limpiadoras del colegio y a las madres.)

Si se utilizan bayas de eucalipto, lo recomendable es un canuto de caña con el diámetro aproximado del proyectil.

Si el agujero de la cerbatana es demasiado grande con relación a la munición utilizada, su eficacia como arma es menor, ya que el aire escapa con facilidad y el proyectil no se impulsa con la fuerza suficiente.

Saber elegir a la víctima es fundamental. Por ejemplo: disparar a los profesores mientras están de espaldas escribiendo sobre la pizarra es muy divertido. El problema viene si se le acierta en la mano, en el cuello o, peor aún, en la cara: el castigo correspondiente puede ser severo (aunque esto depende del agredido).

Disparar contra el encerado es igual de divertido y resulta menos gravoso. El ruido que produce el arroz al impactar sobre la pizarra se parece mucho al de los granizos cuando golpean los cristales de las ventanas.

REGLA DE ORO: Cuanto más débil es la víctima, más divertido resulta el acoso y menos posibilidades hay de recibir un castigo. (*Gustavo no vale un centavo. Gustadito Salmerón es miedica y maricón.*)

Enrique el Cerbatana sonrío ufano. Por un instante se siente transido por el noble arte que practicara Cervantes. Hay un rictus de satisfacción en su rostro. Deja de escribir y arranca una hoja del cuaderno. Luego se tiende en la cama. Se introduce un trocito de papel en la boca y lo mastica lentamente.

Mientras observa el techo, cuajado de diminutas estalactitas de celulosa, oye el golpe de la puerta de entrada al cerrarse. Mira instintivamente el reloj que sobresale en la barriga de Godzilla. Con un regusto agrisado, admite que ella no volverá antes de que transcurran más de tres horas.

Si supiese alguna oración, rezaría para que su padre no llegue antes que la pecadora, pues a buen seguro que vendrá bebido y con ganas de pelea. Pero rezar es de cobardes, así que prende el bolígrafo, le saca la barra y apunta cuidadosamente hacia uno de los brazos de la esvástica que de forma tan tosca e irregular comienza a emerger del techo.

El recreo

-Mamá, mi hermano trae las gafas rotas.

Gustavo mira a la mocosa de su hermana: si pudiese, la estrangularía.

-¿Qué te ha pasado?

Su madre ha salido de la cocina. Se seca las manos con un trapo. Lleva puesto el delantal estampado de geranios, gardenias y azaleas que a él tanto le enoja. Mientras observa los ramilletes de flores, se ve a sí mismo en el recreo, rodeado por el Cerbatana

y sus secuaces. “¿Qué traes hoy?” Él le muestra el bocadillo de jamón. “Así me gusta, que seas obediente, porque si no, ya sabes...” El Cerbatana se ha llevado el dedo índice al cuello y lo ha desplazado de un lado a otro. Con la otra mano le coge el bocadillo. “¿Puedo jugar?”, pregunta él con un hilo de voz. “¿Es que no te acabas de enterar?” El Cerbatana mira a Martínez, que mordisquea su bocadillo de mortadela. “Anda, recuérdaselo una vez más, que yo estoy comiendo”. El Cerbatana prorrumpe en una carcajada, seguida de un torrente de migajas que escapan de su boca. Martínez traga de golpe el bocado que deglute en ese momento y canturrea el consabido mantra con una musiquilla burlona: “Gustavo no vale un centavo”. Al poco, la banda corretea por el patio detrás del balón. En un momento dado, el Cerbatana le busca su mirada de miope desde un ángulo de la cancha, da un bocado al pan con jamón que lleva en una mano y, con la otra, le levanta el pulgar y lo mueve arriba y abajo. Él agacha la mirada y se ve completamente solo sentado en el poyo a este lado de la explanada. Observa el promontorio envuelto a medias en papel de aluminio que reposa a su lado herido de sol: son los restos del bocata de Martínez, que grita desde una banda pidiendo la pelota. Instintivamente, su mano se desplaza hasta lo que queda del panecillo y, sacándolo de su envoltorio plateado, se lo lleva a la boca con disimulo, mientras nota cómo le baja por las mejillas el húmedo rastro de la impotencia y la desolación...

Su madre vuelve a preguntarle. Le ha puesto una mano sobre el hombro y se ha inclinado para buscarle la mirada.

-¿Qué te pasa? ¿Te has comido la lengua?

-Me he caído en el recreo jugando al fútbol.

La película

“¿Te bañas solo o todavía te lava mamaíta”

Esa había sido la pregunta, y él había caído en la trampa. ¿Cómo imaginar lo que vendría después? De un tiempo a esta parte, cuando empezó el acoso, él había ido aprendiendo a conducirse en función del binomio castigo-recompensa. Si seguía los dictados de la banda, el castigo se atenuaba, y la recompensa se traducían en menos dolor.

Rambo había dicho: “el dolor no existe”. Pero él dudaba de que esa afirmación fuera verdad. En todo caso, Rambo era Rambo, y él distaba mucho de parecersele, siquiera fuese una centésima parte.

Había obtenido un diez en matemáticas y sobresaliente en el resto de asignaturas. Su padre estaba muy contento. Había conectado el viejo DVD. Le había prometido que, si sacaba buenas notas, y sin que sirviera de precedente, le dejaría ver una película de acción, a pesar de que había mucha violencia y no era muy recomendable para un niño de su edad. La mocosa quería ver *El rey león*, pero el premio era para él, así que tenía derecho a escoger. Su madre había hecho palomitas para la ocasión.

“El dolor no existe”, había dicho Rambo, pero Rambo era un héroe. ¿Y él, qué era él realmente? En la nueva letrilla que hoy le habían canturreado quedaba muy claro: él era un miedica.

Mientras volvía a su casa sintiendo el roce de los calcetines sobre las quemaduras, se vio en el parque, delante del inmenso tronco del magnolio, con la boca abierta y las manos cruzadas sobre la entrepierna.

El impacto de los granos de arroz en las manos dolía menos que en el cuello y la cara. Le habían insistido sobre el particular: “Nada de protegerte con las manos, y mantén la boca bien abierta”.

Los había observado regodearse con sus risas aviesas, ensayando la puntería contra su cara como si fuese un muñeco de feria, aguantando los impactos desacertados que no acababan de hacer diana, sintiendo los picotazos del arroz en la carne desnuda como mordeduras de carnívoras hormigas, hasta que el Cerbatana cambió el bolígrafo por el canuto de caña y se llevó a la boca las bayas de eucalipto y una de ellas se coló por la boca abierta y él tuvo un acceso de tos y las arcadas.

Fue entonces cuando comenzó la espiral y el jefe le hizo la pregunta del baño. Luego vino el cigarrillo encendido, el humo expulsado a sus ojos llorosos sin las gafas: imposible saber si las lágrimas eran producto de la niebla del tabaco o de su desesperación.

Porque él era un cobarde. Lo decía bien claro la nueva letrilla que ahora le cantaban todos a coro: “Gustadito Salmerón es miedica y maricón”.

Al poco llegó la orden imperiosa. Él sentado en el banco detrás del sicómoro, y la banda como un enjambre alrededor.

-¡Quítate los zapatos y los calcetines!

Vio acercarse el ascua del cigarro hasta los pies desnudos y pensó en Rambo. El dolor no existe, se repitió atropelladamente, una y mil veces, hasta que acabó el calvario

del fuego y pudo ver entre la bruma del llanto callado el filo de la navaja que el Cerbatana desplegaba por delante de sus ojos.

-Ándate con cuidado antes de abrir la boca: sabemos que tienes una hermana pequeña.

Ahora, próximo a entrar en su casa, lo que menos le preocupaban eran los cromos de Messi y de Cristiano Ronaldo y el billete de cinco euros que había tenido que pagar por su liberación. En estos momentos, lo que centraba toda su atención era la forma de entrar erguido sin que se notara su cojera.

El hostel

El muchacho de la mirada triste se acerca al espejo y observa la sombra de su rostro. Mientras se despega la tirita del pómulos, piensa en el largo fin de semana que le aguarda.

Mira el corte que le muestra la cara del espejo. Recuerda la víspera disputando con su padre, ese gigantón imbécil que rezuma odio y alcohol por toda su anatomía; el cinturón de cuero en la mano irascible y la hebilla cruzando su mejilla como hoja de pedernal. Impregna de yodo la herida y vuelve a taparla con un nuevo apósito.

Su semblante ha mudado la tristeza por la rabia. Ensaya su gesto más duro. El muchacho que lo mira desde el otro lado manifiesta la desazón de un ser derrotado, no obstante la tensión del magma incendiario que le bulle dentro, las placas de la ira que colisionan en su interior y que habrán de aguardar hasta el lunes para que afloren a la superficie y liberen, por fin, la tensión que acumulan y que lo van carcomiendo como un cáncer de angustia.

De repente, oye una voz en el pasillo que lo saca de sus cavilaciones.

-No me esperéis para comer.

Acto seguido, se oye el golpe de la puerta de la calle al cerrarse. Se acerca a la mirilla y observa a la pecadora llamando al ascensor. Luego entra en la habitación en penumbra de sus progenitores y es golpeado por la atmósfera densa y acre que flota en la estancia sin ventilación. Abre con sigilo la mesita de noche de la ausente y remueve las sedas, los tules y encajes. Al otro lado de la cama, la bestia se remueve bajo la manta y emite un bufido de animal cansado. Con el paquete de cigarrillos en una mano, deja atrás la densa estela de sudor rancio y ron barato que lo sacudiera al entrar.

Si se da prisa, aún podrá alcanzarla. Todos los sábados se repite el mismo ritual: el encuentro en el parque con el hombre de la corbata y el maletín; el beso en la boca y la entrada en el hostel.

Aunque hoy habrá una variante, porque el muchacho de la tiritita en el pómulo se sentará bajo el jacarandá y consumirá lentamente los minutos, lanzando volutas de humo hacia la fronda azul de la enramada; tratará de ensartar aros concéntricos en el aire fresco de la mañana; escanciará sin premura su cáliz de rencor hasta que el caballero del traje se despida de la pécora en la puerta del establecimiento y él lo siga hasta su casa y compruebe su identidad, y luego decida qué hacer con estos datos, decida cómo puede sacar provecho de su información.

Llagas

Gustavo Salmerón se ha desnudado y observa las llagas circulares de los pies, las heridas que le queman al meterse en el agua caliente de la bañera. En su mente retumban las palabras del Cerbatana: “¿Te lavas solo?”

Se pregunta qué fuerza invisible lo paraliza cada vez que lo hostigan, por qué no corre cuando se sabe acosado. Le gustaría ser Rambo. *El dolor no existe*. Pero sólo es un alumno aventajado que saca notas excelentes, que no molesta a nadie, que entretiene su tiempo entre los libros de texto y los videojuegos. ¿A quién hace daño con su comportamiento? ¿Por qué se ceban con él?

Poco a poco, el agua caliente se torna un sedante en sus pies lacerados. Oye la voz de su madre al otro lado de la puerta: ¿quieres que te frote la espalda? Pero él ha sido expeditivo, su voz ha cruzado el cuarto de baño como un venablo certero: ¡No entres!, ha dicho con firmeza. Por si acaso, en un acto reflejo, ha sumergido los pies bajo el agua jabonosa.

De golpe, le asalta la idea de volver a la escuela el lunes por la mañana, y se siente aterrorizado. La espiral del maltrato ha ido ascendiendo con los días, y él no sabe cómo hacerle frente. Entonces lo cruzan los heraldos negros, la bandada siniestra con sus alas sombrías, y piensa en el mar y sus acantilados, en las pastillas azules en la mesita de noche de su madre, en la parada de metro sin vallas protectoras, en Séneca en la bañera y sus rosas de sangre...

Su rostro se ha encendido de repente y su tez irradia un aura desconocida, como de quien posee el secreto de una certeza. Una sonrisa triste escapa de su boca, y

entonces ve a Rambo con el torso desnudo y sus bíceps de acero repitiendo sin desmayo: el dolor no existe, el dolor no existe...